

Pregonero de Justicia

Dedicado a la *Biblia sola*, como la única regla de fe y práctica; a la *fe sola*, como el único medio para ser aceptado para con Dios; y a *Jesucristo solo*, como el único mediador entre Dios y los hombres.

Ene. - Mar. 2022

Volumen 9, Número 1

La condescendencia de Dios – pág. 3

¡Consumado es! – pág. 5

Cristo por nosotros

La vida de Jesús – pág. 9

La muerte de Jesús – pág. 14

Entendiendo la expiación – pág. 19

El amor y la justicia de Dios – pág. 22

Pregonero de Justicia va DIGITAL – pág. 17

Cristo por nosotros en el cielo – pág. 23

El himno de Newman – pág. 32

Pregonero de Justicia es una revista dedicada a la restauración del cristianismo del Nuevo Testamento en esta generación. Está destinada especialmente a sostener la gran verdad de la justificación por la fe en este tiempo, la cual está siendo amenazada por el humanismo, el emocionalismo, y el ecumenismo. Nuestra revista está basada en el principio de “sola scriptura” — la Biblia y únicamente la Biblia como regla de fe y práctica (2 Tim. 3:15-17). Deseamos dar a la trompeta del evangelio un son certero (1 Cor. 14:7-9), para que a través de palabras sencillas (Hab 2:2) podamos quedar todos “confirmados en la verdad presente” (2 Ped. 1:12), y cual Noé, ser pregoneros de la justicia de Cristo (2 Ped. 2:5).

Editor: Ricardo Marín

Patrocinadores: Todos los que comparten nuestro lema. Esta revista no tiene patrocinio denominacional. Está sostenida solamente por ofrendas voluntarias de aquellos que ven en Pregonero de Justicia una esperanza y salvaguardia para la generación actual.

Colaboradores: Siendo que la verdad está por encima de las preferencias y de los prejuicios de cualquier denominación, los editores dan la bienvenida a los escritos de quienes deseen colaborar y los juzgarán por sus méritos solamente.

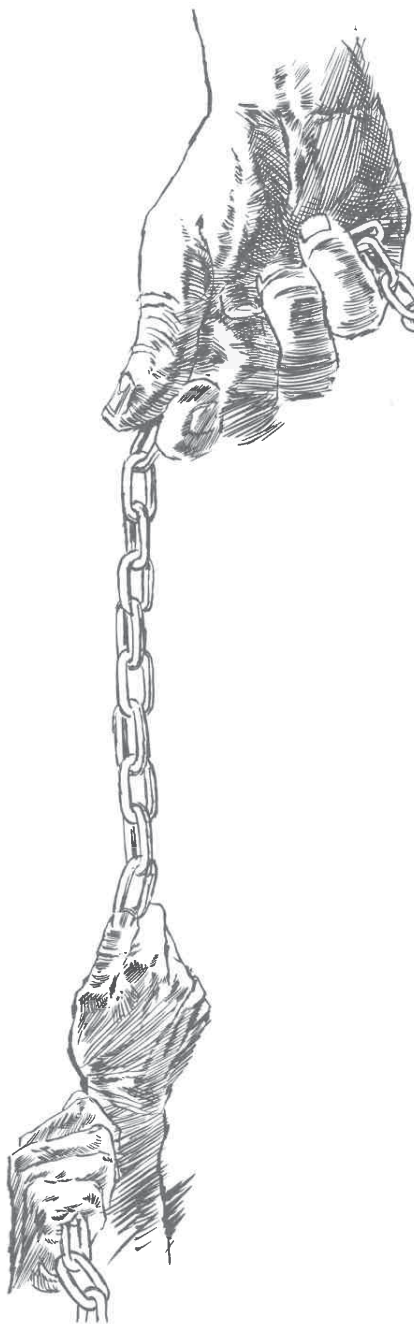
Subscripciones son gratis para los que las soliciten directamente a: PregonerodeJusticiaLRI@gmail.com

Life Research International
PO Box 700 Fallbrook, CA 92088

USA Enero - Marzo 2022

SITIO WEB

www.liferesearchinternational.org



Introducción editorial:

La condescendencia de Dios



Que Jesús dejó el cielo es condescendencia. Que se haya hecho humano es condescendencia. Que nuestro Salvador se haya hecho siervo es condescendencia. Que se humilló hasta la muerte es condescendencia. La muerte de cruz es una condescendencia aún mayor. (Fil. 2:5-8).

¿Por qué toda esta condescendencia? ¿Por qué todo esto bajarse? ¿Por qué todo este dejar atrás la gloria celestial? ¡Era POR NOSOTROS! Cristo fue hecho pecado **por nosotros**, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él (2 Cor. 5:21).

¿Por nosotros? ¡Sí, por nosotros! Pero ¿quiénes somos? ¿Estamos tan bajos? ¿No somos la creación de Dios, dotados de poder para pensar y hacer? En serio, ¿somos tan bajos?

No es nuestra deformidad física lo que nos sitúa en un nivel tan bajo. No es nuestra deficiencia mental lo que nos encuentra en tal necesidad. Ni siquiera nuestra debilidad moral nos posiciona tan bajo como para requerir la muerte del Hijo de Dios en la cruz. Toda esta debilidad física, mental y moral también era suya. Más bien, es nuestro pecado el que exige tal Salvador. El pecado es lo que nos abatió. La humanidad cayó, y cayó lejos, y cayó duro. Esa caída fue a causa del pecado.

El pecado significa quebrantar la santa Ley de Dios. Quebrantar significa no observar, no guardarlo. En Adán, el primer representante de la humanidad, todos pecamos. La humanidad se perdió en el pecado por aquel único pecado de nuestro primer padre. Como hijos de Adán, nacemos perdidos, condenados a la muerte eterna por lo que él eligió para todos sus hijos (Rom. 5:12-19; 6:23). Naciendo culpables nos

descarriamos desde el vientre, añadiendo pecado a pecado (Sal. 58:3). Y así, nuestra culpa se vuelve personal.

¿Qué tiene de malo el pecado? El pecado es tan malo porque la Ley es tan buena. La Ley es una imagen de quién es Dios. Dios es justo y la justicia se describe en los Diez Mandamientos. Son santos, justos y buenos porque reflejan la naturaleza y el carácter de Dios. (Deut. 32:1-4; Rom. 7:12) ¡Porque Dios es tan bueno, el pecado es tan malo!

El pecado es desemejanza de Dios. Dios es amor y el pecado es no tener amor. El pecado es ser egoísta mientras que Dios es desinteresado.

Es el desinterés de Dios Padre lo que dio su Hijo para ser el Salvador del mundo. Es el desinterés de Dios Hijo lo que le hizo humillarse hasta la muerte de cruz. Es la generosidad de Dios el Espíritu Santo venir a nuestro planeta caído para convencernos de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:16).

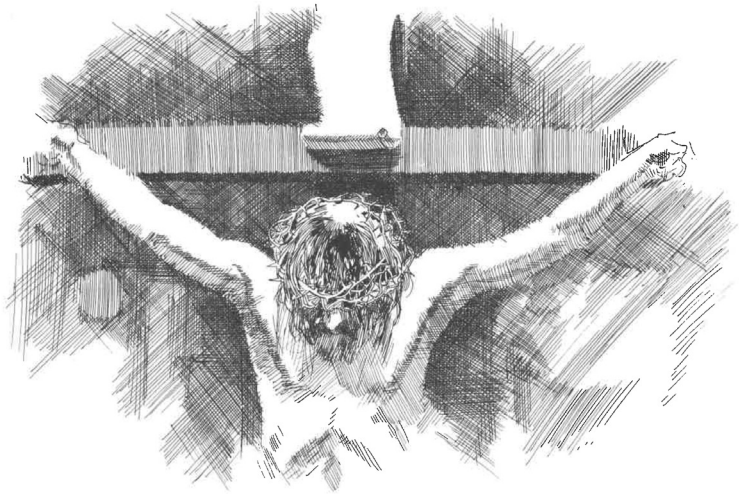
La condescendencia de Dios se demuestra en el plan de salvación. Si vislumbramos nuestro egoísmo y la bondad de Dios, exaltaremos a Aquel que se humilló a sí mismo. Al que por nosotros se hizo pobre, Dios ya lo ha exaltado.

En este número de Pregonero de Justicia deseamos ver a Jesús como Dios *por nosotros*. Michael Marsh nos señala la obra terminada de Cristo *por nosotros*. Philip Hughes amplía los parámetros de esa obra disipando algunos mitos cristianos en el camino. Este editor explora la obra que Cristo está haciendo *por nosotros* en este momento. Cada una de estas actividades de Cristo es algo hecho fuera de nuestra experiencia. Cada uno apunta a la obra de Cristo *por nosotros*. Confiar en su obra por nosotros hará que el Espíritu Santo obre en nosotros lo que es agradable a los ojos de Dios.

Escudriñemos las Escrituras juntos.



RAM



¡Consumado es!

por Michael Marsh *

Todo cuanto es necesario para obtener nuestra salvación ha sido llevado a cabo por el obrar y el morir del Señor Jesucristo. El hizo esto solo (Isa. 63:3) y lo consumó total y completamente (Heb. 1:3). Ningún hombre o ángel puede añadir cosa alguna a Su obra terminada (Ecl. 3:14; Gál. 3:15-17).

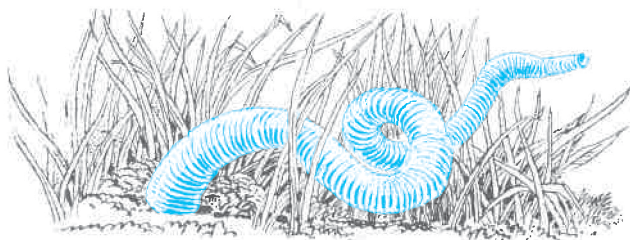
Todo cuanto Cristo hizo lo hizo para nosotros. Su encarnación fue por nosotros (Isa. 9:6). El nunca hubiera sido el Hijo del hombre sino para hacernos a nosotros los hijos de Dios. El nunca hubiera sido hecho a la semejanza de carne pecaminosa sino para levantarnos a nosotros a la semejanza de Dios. Todos sus milagros fueron obrados para confirmar nuestra fe (Juan 11:42). Mientras vivió aquí en la tierra fue completamente separado para nosotros (Juan 17:19). El fue hecho maldición por nosotros (Gál. 3:13) y murió por nosotros (2 Cor. 5:14).

* A partir de un duro, tatuado Nueva Zelanda mariner, para un creyente perfeccionista, Michael Marsh terminó su vida confiando en la perfección de su Salvador. Este artículo es una reimpresión de la Pregonero de Justicia v. 3, # 3.

Fue herido y enterrado en nuestro lugar (Isa. 53:5; Heb. 2:14, 15). Se levantó de la tumba y ascendió al cielo por nosotros (Rom. 4:25; Juan 14:2). El vive para nosotros (Heb. 7:25). Y cuando finalmente vuelva, es para nosotros (Juan 14:3).

El que intenta edificar muy alto debe establecer un fundamento amplio y profundo. El plan de la salvación se funda sobre la infinita humillación del Hijo de Dios. El era el resplandor de la gloria de Dios (Heb. 1:3), y sin embargo, se humilló tanto en la forma humana que no se parecía a sí mismo, ni siquiera se asemejaba a un hombre (Sal. 22:6; Isa. 52:14; 53:3). Su humillación fue real y voluntaria delante de Dios y del hombre. No se dice que fue humillado sino que “se humilló a sí mismo” (Fil. 2:8). Vino a este mundo en el cuerpo de nuestra humillación y fue hecho “bajo la ley”, con todo, él era “Dios sobre todas las cosas, bendito por los siglos” Rom. 9:5.

El Dios eterno nació en el tiempo. El Creador llegó a ser una criatura. Aquel que era igual al Anciano de Días se hizo un bebé de días. Que el sol cayera de su esfera y viniera a ser un átomo errante, que un ángel fuera expelido del cielo para convertirse en gusano, no sería de tan gran humillación por cuanto ellos eran anteriormente sólo criaturas y lo acatarían con calma a pesar de ser criaturas inferiores. La distancia entre las especies de criaturas superiores e inferiores es una distancia finita. Pero que el infinito Creador de todo venga a ser una criatura es un misterio que excede todo entendimiento humano. La distancia entre Dios y el más elevado de los ángeles es una distancia infinita. Sin embargo, Cristo se hizo hombre, no ángel. Se humilló a sí mismo y el mundo le escarneció (Isa. 53:2, 3). Le llamaron Belzebú, hijo ilegítimo o sólo “hijo del carpintero”. En su juicio fue reconocido como “éste” (Mat. 26:61).



“Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos”. 2 Cor. 8:9. El vino a este mundo y no hubo lugar donde acostar al infante. Caminó en la tierra y no hubo lugar donde

descansar su cabeza. Cuando tomó nuestro lugar no tenía nada. Como alguien dijo, “se humilló, y en su humillación descendió tanto y tanto que llegó a un punto donde ya no podía descender más”. Como cristianos deberíamos humillarnos, pero irrespectivamente de cuánto podamos hacerlo siempre habrá un lugar para nosotros de mayor humillación. Sin embargo, no sucedió así con este Hombre. El Dios infinito que es todo sabiduría podía decir verdaderamente, puedo buscar en el cielo y en la tierra, pero no hallaré un lugar más bajo al cual descender.

¿Ofendió y violó el hombre la ley de Dios? Contemplad cómo Dios mismo se hizo hombre para reparar la brecha y dar en pago a la ley una satisfacción por el mal hecho. El mayor honor que jamás recibiera la ley fue el de tener a Uno como es el hombre Cristo Jesús colocarse delante de su medida y hacer reparación de ella. Esto fue un honor mayor y una mayor gloria para la ley que si se hubiera derramado toda nuestra sangre y recibido su vindicación sobre las ruinas de toda la creación. No es lo mismo ver las estrellas oscurecerse que ver al sol eclipsado. Así de grande como Cristo era, así fue su humillación y mientras más crecía su humillación más plena y completa era su satisfacción, y mientras más completa era su satisfacción, más perfecta y estable llegó a ser nuestra consolación. Si no se hubiera anonadado tanto, nuestro gozo y consuelo no hubieran podido exaltarse tanto. La profundidad del fundamento es la fortaleza de la superestructura, y vosotros sois “edificio de Dios”, construido sobre ese “fundamento” (1 Cor. 3:9-11).

A la luz de la cruz, el corazón puede exclamar: “La condenación fue Tuya, para que la justificación fuera mía; la agonía fue Tuya para que la victoria fuera mía; el dolor fue Tuyo para que el alivio fuera mío; las heridas fueron Tuyas para que el bálsamo curador que brota de ellas fuera mío; el vinagre y la hiel fueron Tuyos, para que la miel y el dulzor fueran míos; la maldición fue Tuya para que la bendición fuese mía; la corona de espinas fue Tuya para que la corona de gloria fuera mía; la muerte fue Tuya para que la vida comprada por ella fuera mía; Tu pagaste el precio para que yo disfrutara de Tu herencia”. Y debido a esto “estáis completos en él” (Col. 2:10).

Aunque no podemos satisfacer total y perfectamente las demandas y exigencias de la ley, la obediencia completa de Cristo nos es imputada y nos presenta como completos y sin falta delante de Dios. ¡Oh, que cosa tan completa y perfecta es la justicia de Dios en Cristo! Permítase que el ojo escudriñador de un Dios santo y celoso la inspeccione desde todo ángulo, y no podrá encontrar la menor mancha o defecto en ella. Permitidle que la pese y examine detalladamente y aparecerá siempre pura y perfecta, conteniendo en sí todo lo necesario para nuestra expiación. Por tanto,

cuán agradable y aceptable a Dios debe ser esa fe que le presenta tan completo y excelente sacrificio.

De aquí que la acción de la fe en Cristo para justicia, los acercamientos de la fe a Dios con una ofrenda tan aceptable sean la obra con la cual él está completamente satisfecho (Juan 6:23, 29). Tal acto de fe le agrada más que si lucháramos por toda nuestra vida en la labor de obediencia tratando de satisfacer plenamente todas las demandas de la ley. Se le da más honor a Dios y recibimos mayor consuelo cuando pagamos todo lo que le debemos en un solo pago, en una sola suma, en vez de estarle pagando pequeñas cantidades y nunca poder darle un pago completo o ver la deuda cancelada.

Debido a que en este mundo estamos acostumbrados a dar pagos a plazos (como cuando se compra una cosa y se paga poco a poco), en nuestra ceguera laodicense transferimos este sistema a nuestra vida espiritual. Pensamos que con guardar parte de la ley – y esto, inadecuadamente – y otros servicios y reformas, damos satisfacción a las demandas de la ley. Pero todo esto es una abominación a Dios porque proviene de un corazón malvado de incredulidad, porque la deuda ya fue pagada y porque estamos libres en Cristo. Nos inclinamos a clamar como aquel pobre hombre de Mateo 18:26; “Señor, ten paciencia conmigo y yo te lo pagaré todo”. Pero al igual que dicho hombre, no tenemos un justo concepto de la magnitud de nuestra deuda o de nuestra miserable pobreza.

No se nos ha llamado al Monte Sinaí, al pacto de las obras, sino al Monte Sión “a Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla mejor que la de Abel” (Heb. 12:18, 22-24). Habla, no de una deuda a ser pagada, sino de una deuda ya pagada y de una vida ya concedida.

Es aquél a quien Dios atribuye justicia sin obras que es bienaventurado. Si examinamos las Escrituras veremos que no hay tal cosa para con Dios como justificar a medias. Dios justifica totalmente o nada, y nosotros le pagamos todo en una sola suma o nada. Porque en este asunto no hay grados para con Dios.

Las palabras de Pablo a Filemón no son más que un eco de las palabras de Jesús a Su Padre respecto de nosotros: “Si me tienes por compañero recíbele como a mí mismo. Y si en algo te dañó o te debe, ponlo a mi cuenta... yo lo pagaré”. Filemón 17-19.

Escuchemos entonces su clamor “¡Consumado es!” y vengamos a Dios por y en Cristo Jesús. Así no solo saldremos libres, sino como nuevos hombres y mujeres en él (2 Cor. 5:17).



Cristo por nosotros

por Philip Edgcumbe Hughes *

La vida de Jesús

El propósito del nacimiento de Cristo en Belén fue su muerte en el Calvario, pero en ninguna manera tiene esto la intención de implicar que la vida que se extendió entre Belén y el Calvario fue de poca importancia. Eso sí, ciertamente, sería un serio malentendido. La vida y la muerte del Hijo encarnado están tan estrechamente relacionadas entre sí que forman un todo coherente. Esto es así porque la perfección de su vida como nuestro prójimo fue esencial para la eficacia de su muerte sacrificial en nuestro favor. El “hacerse carne” de la Palabra (Jn. 1:14) fue el convertirse en el último Adán, o el segundo hombre (1 Cor. 15:45-47) con el fin de deshacer la maldición que cayó sobre la humanidad por causa del primer Adán. La llegada del segundo Adán fue para reintegrar nuestra humanidad que había sido destrozada en el primero. Esta verdad se expresa concisamente en las líneas de John Henry Newman:

¡O, amorosa sabiduría de nuestro Dios!

Cuando todo era pecado y vergüenza,
Un segundo Adán a la lucha

* Philip Edgcumbe Hughes fue un clérigo anglicano y profesor visitante en el Seminario Teológico Westminster (Filadelfia). Este artículo fue extraído y traducido de su último libro, *The True Image - the origen and destiny of man in Christ*, © 1989, publicado poco antes de su muerte. Hemos incluido aquí porciones tomadas de las páginas 328 a 362 (capítulos 29-32) y se reproducen con permiso de Wm. B. Eerdmans Publishing Company (Grand Rapids, MI). Todo derecho reservado. Recomendamos altamente este polémico libro.

Y al rescate llegó.
¡O, amor sabio! Que la carne y la sangre,
Que en Adán fracasaron,
Se enfrentarán de nuevo contra el enemigo,
Se enfrentarán y prevalecerán.

No fue sólo en la cruz, sino también en su vida y ministerio que precedieron y condujeron a la cruz, que Cristo luchó contra el enemigo, y prevaleció. La cruz fue el clímax de la vida de enfrentamiento del Hijo encarnado. Nuestra salvación eterna, es cierto, se logró en la cruz, y es totalmente correcto que la cruz debe ser el símbolo de nuestra redención, y Cristo crucificado el corazón del mensaje evangélico (cf. 1 Cor. 1:18, 23 sig.; 2:2); pero la muerte del segundo Adán nunca podría haber tenido valor redentor si no hubiera estado fundada en la perfecta ausencia de pecado de su vida que lo calificó para ofrecerse a sí mismo, “el justo por los injustos” (1 Ped. 3:18). Al hablar de la vida de Jesús, por lo tanto, no queremos que se suponga que su vivir y su morir bien puedan ser aislados el uno del otro, cuando en realidad son unidos con la más estrecha relación posible. El nacimiento en Belén estuvo siempre dirigido hacia la muerte en el Calvario. El cuerpo preparado para el Hijo estaba predestinado para ser ofrecido por él en sacrificio para hacer expiación por nuestros pecados (Heb. 10:5-10). La muerte de Cristo no fue el final, el último evento, de una vida, como la de un mártir, sino el cumplimiento de una venida, como la de un Salvador, que abrió la puerta de la vida eterna a aquellos que están muertos en sus pecados (Efe. 2:1 ss; Jn. 5:24). Su propia resurrección fue la prueba de su poder sobre la muerte y la autenticación de su misión ahora completada...

Primero, el hombre del cielo tuvo que establecer su propia justicia en conflicto mortal con el diablo para que, victorioso, pudiera ir al Calvario y cancelar nuestra condenación al llevar nuestros pecados en su propio cuerpo como el inmaculado Cordero de Dios (Is. 53:4-7; Jn 1:29; 1 Ped. 1:18 sig.; 2:24). Los requisitos para el segundo Adán, por lo tanto, eran que, al igual que el primer Adán, debía ser verdaderamente hombre, verdaderamente inocente, verdaderamente probado y que, a diferencia del primer Adán, debía ser verdaderamente victorioso en su encuentro con el poder del mal.

La justicia del que “padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos” (1 Ped. 3:18), no fue algo simplemente dado y poseído, un estado de existencia que nada le costara. Tenía que ser *establecido*; tenía que ser *alcanzado* por conflicto y por conflicto y conquista. El pionero de nuestra salvación tenía que ser perfeccionado a través de aflicciones, aflicciones ocasionadas por su resistencia a la tentación en todo el camino hacia la cruz, la cual fue la última y suprema prueba (Heb. 2:10, 18; 4:15).



La obediencia del Hijo encarnado no procedió de una disposición cómoda y sin demandas; fue costosa más allá de todo cálculo; tuvo que ser *aprendida*, y su aprendizaje fue a través del sufrimiento. Fue de esta manera que consiguió y estableció su perfección humana: “Aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia; y habiendo sido perfeccionado, vino a ser autor de eterna salvación para todos los que le obedecen” (Heb. 5:8 sig.). Aquella obediencia implicaba necesariamente obediencia “hasta la muerte, y muerte de cruz” (Fil. 2:8). La perfección de Jesús, entonces, no fue sólo una perfección del ser, sino también una perfección del llegar a ser: lo primero fue sostenido por lo último, en tanto que poco a poco se consolidaba lo que él era con lo tenía que ser. Pero en ningún sentido fue el perfeccionamiento de Jesús un progreso de la imperfección a la perfección. Si hubiera sido en algún momento imperfecto, o si hubiera, aunque sea por un momento, caído en la desobediencia, habría fracasado en todo lo que vino a ser y hacer, habría llegado a ser como fue el primer Adán; incompetente para salvar a otros, él mismo hubiera necesitado de salvación. El camino hacia su perfección fue el camino de la lucha intensa e incesante, al unirse en la batalla con el diablo, enfrentó la hostilidad de los hombres con amor inquebrantable, agonizó en el Getsemaní, y experimentó el abandono último en la cruz. La encarnación no fue una excursión cómoda o un interludio agradable. No consideramos suficientemente su precio extremo en sufrimiento y angustia de aquel que es el Hijo eterno de Dios y la Imagen misma según la cual fuimos formados; ni tampoco nos recordamos a nosotros mismos, como constantemente deberíamos, que la perfección de la obediencia que él estableció a través de su sufrimiento no fue para él sino para nosotros, “por nosotros los hombres y por nuestra salvación.”



¿Era Jesús inmune a la tentación?

Una pregunta que se ha discutido desde los primeros siglos es si Jesús era inmune al poder de la tentación. Ciertamente hubiera sido un desastre si el Hijo encarnado hubiera caído en el pecado, porque esto, como hemos indicado, hubiera causado el fracaso de su misión redentora. Por esta razón, el creyente Cristiano encuentra impensable que su Salvador *hubiera* en algún momento cedido a la tentación. Pero ¿no se puede pensar que *podía* haber sido conquistado por el tentador? ¿Es correcto creer, como algunos lo hacen, que era *a priori* [considerado evidente] imposible para Jesús pecar?... Si las tentaciones no tienen un poder que deba ser resistido ni esperanza de tener éxito, entonces carecen de realidad y dejan de ser una amenaza para tomarse en serio...

No vale, entonces, argumentar que debido a que la persona del Hijo encarnado se compone de dos naturalezas, de las cuales la divina es incapaz de ser tentada o de pecar, por lo tanto no había posibilidad de que Jesús hubiera sido así tentado a pecar; porque fue precisamente en nuestra naturaleza humana que el Hijo encarnado enfrentó y superó la tentación, y al hacerlo experimentó su sutileza amenazante y su fuerza al máximo. De lo contrario su eficacia como el segundo Adán es hecha nula. Era esencial que enfrentara la tentación como el primer Adán la enfrentó y que experimentara la amenaza de toda su fuerza tal como el primer Adán lo experimentó. Era esencial, además, que fuera obediente donde el primer Adán fue desobediente y que ganara la victoria donde el primer Adán había sucumbido a la derrota. Cristo tuvo que enfrentar al tentador en la misma forma en que el primer Adán se enfrentó a este y con la misma posibilidad de victoria o derrota. La suya fue, literalmente, una lucha de vida o muerte, la verdadera contienda contra el enemigo para ganar nuestra salvación. La nuestra no sería una

redención verdadera si se basara en una exhibición de boxeo irreal contra el aire. Siendo que la tentación, que es la prueba, de Cristo tuvo lugar no sólo en el desierto, sino constantemente y, por último, y culminantemente, en el Calvario, lógicamente sigue que si, debido a la presencia de la naturaleza divina, era incapaz de pecar fue entonces incapaz también de sufrir y morir, porque la naturaleza divina es impasible [no sujeto a dolor] así como impecable [carente de fallas]; pero aprobar esta conclusión lógica sería decir adiós al evangelio....

¿Hubo algo falso o irreal en la lucha desgarradora en el huerto frente a la tentación para evitar la cruz y todo el horror que ésta implicaba? ¿Qué angustia podría ser más real que la que le hizo sudar gotas de sangre? – angustia ante la perspectiva no sólo de los dolores físicos de la crucifixión, tan sobrecogedora como ésta era, sino la de experimentar en la cruz nuestro infierno y el abandono de Dios como el precio insondable de nuestra redención. “¿No sería una afrentosa vergüenza,” Calvino objetó, “que el Hijo de Dios se hubiera mostrado tan débil, y se hubiera dejado llevar el horror a la muerte que todos normalmente padecen, hasta el punto de quedar bañado en sudor de sangre, y que sólo la presencia de los ángeles pudiera reconfortarlo? Ponderemos bien igualmente, aquella oración que tres veces seguidas repitió: ‘Padre mio, si es posible, pase de mi esta copa’ (Mt. 26,39). Fácilmente veremos ya que procedía de una increíble amargura de corazón, que Jesucristo sostuvo un combate mucho más arduo y difícil, que el de una muerte común” (*Institución* II.xvi.12). Este es el significado, también, de otro de los versos del himno de Newman:

¡O generoso amor! Que él que derrotó
En el Hombre, para el hombre, al enemigo,
La agonía doble en el Hombre,
Para el hombre experimentó.

Esa agonía doble era la agonía de ambos: la de la crucifixión y la de nuestro infierno.

“Hombre para el hombre”: ésa es la clave para la comprensión de todo el sufrimiento de Cristo. El hecho de que fue como hombre, como el Hijo de Dios encarnado, que sufrió la tentación y la muerte, no anula ni disminuye la verdad de que fue Dios el Hijo quien así sufrió por nosotros. Lo que sufrió como nuestro compañero humano fue completamente sufrido por él que es el Verbo eterno. Tampoco el hecho de que él era el Verbo eterno hecho hombre disminuyó o alivió su sufrimiento; por el contrario, lo intensificó más allá de todo cálculo, porque su humillación de sí mismo fue su soportar

un rechazo y vergüenza inimaginables. La victoria obtenida a dicho costo no fue nada irreal. El propósito de esto, como Ireneo ha dicho, fue “que así como nuestra raza fue a la muerte a través de un hombre vencido, así podríamos ascender de nuevo a la vida a través de un hombre victorioso.” (*Contra las Herejías* V.xxi.1.) Y su victoria fue, de principio a fin, la victoria del amor; fue el amor lo que lo llevó a nosotros, el amor el que sostuvo su unión con el Padre en voluntad y propósito, el amor lo que animó toda su enseñanza y se manifestó en obras de misericordia y compasión a todos los que vinieron a él, y el amor lo que lo llevó a través de toda tentación a la prueba final de la cruz por nosotros....

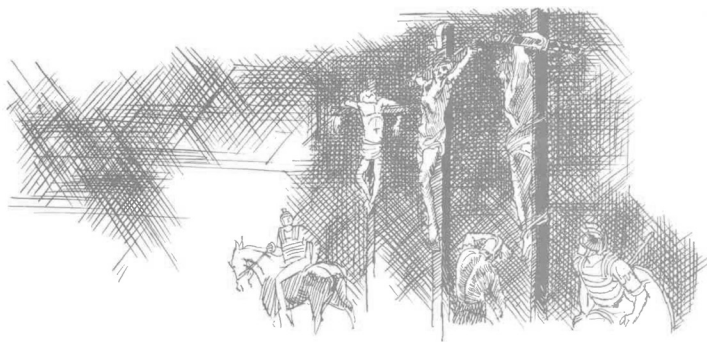
La muerte de Jesús

La muerte es la consecuencia del pecado. Esto es así porque alejarse de Dios, que es la fuente de la vida, es elegir la muerte en lugar de la vida. El alejamiento de Dios es el corazón de todo pecado, y aunque la muerte es entendida correctamente como un juicio divino, es a la vez un juicio que el hombre pecador atrae sobre sí mismo (Gén. 2:16; Rom. 5:12; 6:23). Jesús fue sin pecado y por lo tanto no estuvo bajo la pena de muerte (2 Cor 5:21; Heb 4:15; 7:26; 1 Ped. 2:22; 1 Jn. 3:5). La muerte no tenía ningún derecho sobre él, y no era una cosa inevitable para él. Siendo él mismo sin pecado, su muerte no fue por sus propios pecados sino por los pecados de otros. La muerte que soportó, entonces, fue un acto de su propia libre elección; fue una demostración de su poder, no una prueba de su debilidad. Al morir, contrario a las apariencias, él fue activo, entregando su vida como una ofrenda de sí mismo, y no pasivo, permitiendo que su vida fuera tomada de él por otros (Jn. 10:11, 15, 17 sig.). Paradójicamente, la muerte es la debilidad última, el abatimiento de todo poder, sin embargo la muerte de Jesús, que sin duda significaba su auto-sumisión a esta aniquilación de poder, fue la conquista militante de la muerte a través de la aplastante derrota del enemigo que maneja el poder de la muerte (Heb. 2:14; Gén. 3:15).

Aunque su vida no se vivió como vivimos las nuestras a la sombra de muerte y del juicio (Heb. 9:27), fue precisamente para morir que el Hijo tomó nuestra humanidad a sí mismo en la encarnación. En repetidas ocasiones habló a sus discípulos de su necesidad de sufrir y morir en Jerusalén (Mt. 16:21; 17:12, 22 sig.; 20:17-19). El ministerio que había venido a cumplir incluía, como su punto culminante, el dar su vida en rescate por muchos (Mar. 10:45). Por ser levantado en la cruz es que los hombres serían atraídos hacia él (Jn. 12:32 sig.). Después de su resurrección abrió la mente de sus apóstoles para entender que su muerte fue una necesidad preordenada que concordaba con la enseñanza de las Escrituras (Luc.

24:44-46). Y, posteriormente, se convirtió en un énfasis indispensable en la predicación apostólica que Jesús había sido entregado y crucificado “por el determinado consejo y anticipado conocimiento de Dios” (Hech. 2:23; 3:18; 4:27 sig.; 13:37). Su muerte, entonces, fue una necesidad, no para él, sino para nosotros. Fue inseparable del propósito de su venida....

También fue necesario, por supuesto, que Jesús fuera inocente y libre de toda ofensa, no sólo en privado dentro de sí mismo sino también públicamente ante el mundo. Su inocencia fue claramente atestiguada a todos por la perfecta coherencia de su vida de servicio amoroso y desinteresado. Pero también hubo necesidad de una declaración judicial de su inocencia, para que fuera ineludiblemente claro que su crucifixión fue la ejecución de un hombre inocente. De ahí la importancia del proceso formal de su juicio ante Poncio Pilato y de las reiteradas afirmaciones de Pilato de que no encontraba falta alguna en él (Luc. 23:4, 14, 22; cf. Mt. 27:24) – un veredicto sorprendentemente confirmado por la admisión del ladrón penitente a su compañero malhechor mientras sufrían a cada lado de Jesús: “Nosotros, a la verdad [hemos sido condenados] justamente, porque recibimos lo que merecieron nuestros hechos; mas éste ningún mal hizo” (Luc. 23:41).



La inocencia de Jesús fue a su vez una necesidad si iba a sufrir y a morir como sustituto de los culpables. El papel vicario de su persona en la cruz es esencial para una correcta comprensión de lo que estaba ocurriendo allí, porque fue allí donde logró el objetivo de la encarnación, es decir, “para dar su vida en rescate por muchos” (Mar. 10:45; cf. 1 Tim. 2:6; Tito 2:14). Es la enseñanza de San Pablo, quien escribió que “cuando aún éramos débiles, a su tiempo murió por los impíos” y que “Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Rom. 5:6, 8); de San Juan, quien declaró que “por esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros” (1 Jn. 3:16); y también de San Pedro,

quien afirmó que “Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios” (1 Ped. 3:18).

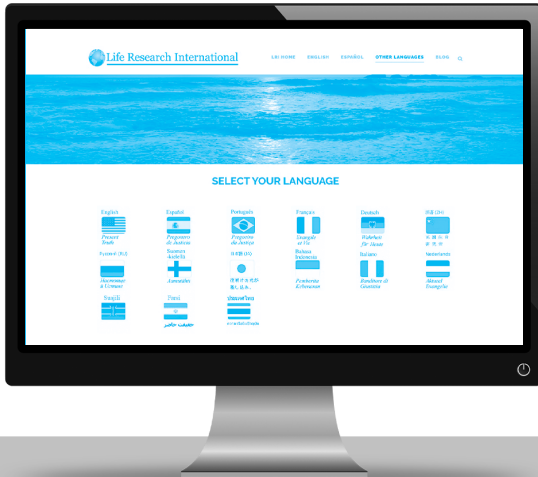
La función sustitutiva de la muerte de Jesús fue de hecho dramáticamente ilustrada en el evento en sí, porque fue clavado en una cruz que había sido preparada para otra persona. Jesús, que había sido declarado inocente, fue crucificado en la cruz en que Barrabás debería haber sido clavado, y Barrabás era un criminal notorio que había sido condenado a muerte por sedición y homicidio. Literalmente, y a la vista de todos, Cristo murió en el Calvario, el inocente por el culpable, el santo en el lugar del pecador impío. El castigo correspondiente a Barrabás se le infligió a Jesús, y Barrabás salió un hombre libre. Este es un paradigma de la profunda significación espiritual de la cruz de Cristo, porque la realidad redentora de lo que ocurrió en la cruz no es local y temporal, sino cósmica y eterna en sus dimensiones. La sangre derramada en sacrificio en aquella cruz no fue la sangre de una bestia bruta o de un ser humano pecador, sino “la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios,” sangre que purifica la conciencia de pecadores culpables de obras muertas para servir al Dios vivo (Heb. 9:14). Es el sacrificio expiatorio perfecto ofrecido por el perfecto sumo sacerdote una vez por todos. Por esta “sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados” (Heb. 9:26; 10:14). Mediante la sangre de su cruz hizo la paz y aseguró la reconciliación de todas las cosas (Col. 1:20). En él, el Señor crucificado, tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados según las riquezas de la gracia de Dios que hizo sobreabundar para con nosotros (Efe. 1:7 sig.). Debido a lo que se llevó a cabo en la cruz “Jesucristo el justo... es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros sino también por los de todo el mundo” (1 Jn. 2:1 sig.).

Cristo eliminó en forma efectiva la maldición que el hombre pecador había traído sobre sí mismo al absolver en su persona, en la cruz, la terrible fuerza de esa maldición. Las marcas de la maldición se mostraron en las espinas con las que fue coronado, en el sudor de su indecible padecimiento, en el dolor y la agonía de su aflicción, y en la debilidad última de su morir. De hecho, la forma misma de su morir demostró que se había hecho por nosotros maldición. “Cristo nos redimió de la maldición,” dice San Pablo, “hecho por nosotros maldición (porque está escrito: Maldito todo el que es colgado en un madero)” (Gál. 3:13; Dt. 21:23). Lo que estaba ocurriendo en la cruz de Cristo fue de inmenso significado para nuestra raza caída, porque allí el que está por encima de todo, el Bienaventurado, se convirtió en acusado en nuestro lugar.

El entender esta verdad fue una experiencia que cambió la vida de Martín Lutero; su maravilla y su gloria nunca empalideció para él, y

PREGONERO DE JUSTICA se traslada exclusivamente al internet.

"Somos aceptados como hijos de Dios porque Jesucristo cumplió todas las justas demandas de Dios para aquellos que creen en él."



Desde la década de 1970, Life Research International ha proporcionado recursos impresos*, pero ahora todos los materiales estarán disponibles para descargarlos de forma gratuita en nuestro sitio web:

LifeResearchInternational.org



Para recibir números futuros de **Pregonero de Justicia**, deberá suscribirse en línea en: LifeResearchInternational.org/suscribir. También puede solicitar nuestro **BLOG** semanal con preguntas y respuestas sobre temas bíblicos en ese mismo enlace.



esta verdad estuvo siempre en el corazón del Evangelio que le gustaba proclamar. Escribió, por ejemplo, que

“nuestro muy misericordioso Padre, al vernos oprimidos y abrumados por la maldición de la ley, y ser así aprisionados por la misma, de manera que nunca podríamos ser liberados de ella por nuestro propio poder, envió a su Hijo unigénito al mundo, y puso sobre él los pecados de todos los hombres, diciendo: Sé tú Pedro, el negador; Pablo, aquel perseguidor, blasfemo y cruel opresor; David, aquel adúltero; el pecador que comió la manzana en el Paraíso; el ladrón que colgó en la cruz; y en suma, sé tú la persona que ha cometido todos los pecados de todos los hombres.” (*St. Paul's Epistle to the Galatians*, pág. 272 [sobre 3:13]).

Y también Juan Calvino, quien declaró que “vemos cómo Cristo hacía las veces de un pecador o malhechor; y a la vez reconoceremos en su inocencia, que más bien padeció la muerte por los pecados de otros, que por los suyos propios.” La conclusión se desprende inevitablemente: “Vemos, pues, donde se apoya nuestra absolución; a saber, en que todo cuanto podía sernos imputado para hacer que nuestro proceso fuese criminal ante Dios, todo ha sido puesto a cuenta de Jesucristo” – una verdad de tan central importancia que merece la exhortación: “Debemos tener presente esta recompensa, siempre que en la vida nos sintamos temerosos y acongojados, como si el justo juicio de Dios, que su Hijo tomó sobre sí mismo, estuviese para caer sobre nosotros” (J. Calvino, *Institución* II.xvi.5.) es lo que se pretende,

En la muerte de Cristo la sustitución y la propiciación están estrechamente relacionadas: Es a través de la sustitución que la propiciación se lleva a cabo. Ha habido grandes malentendidos acerca de esto. No fue el propósito que el Padre de forma arbitraria y por su propio placer sacrificara a su Hijo inocente, ni que el Hijo, teniendo buena disposición para con nosotros, al sacrificarse, propiciara al Padre que era totalmente hostil hacia nosotros. Dios no puede estar dividido, y de ninguna manera puede el Hijo ser colocado en desacuerdo con el Padre. No hay dos voluntades y actitudes en conflicto dentro de la Deidad, porque Dios es uno y la unidad divina es una unidad no sólo de esencia sino también en mente y propósito y acción. Tampoco son el amor y la justicia de Dios incompatibles entre sí, como algunos han querido convencernos. Para que Dios sea amoroso y misericordioso hacia los pecadores no es necesario que deba dejar de lado su justicia. La coincidencia de la sustitución y la propiciación en la cruz de Cristo es la garantía de que el amor divino y la justicia divina se encuentran allí en perfecta armonía. La redención del hombre restaura el

orden de la creación, “Dios no es Dios de confusión, sino de paz” (1 Cor. 14:33). El diseño de la cruz no fue solamente para salvar al pecador, sino también para tratar con el pecado, y era imposible cumplir el uno aparte del otro. Un Dios que aprobara o ignorara la presencia continua del mal en su creación no sería ni totalmente santo, ni totalmente amoroso. La cruz de Cristo demuestra la santa intolerancia de Dios por el pecado y el desorden, así como su amor redentor por sus criaturas caídas. Si no es el lugar del juicio divino no es la fuente del amor divino....

...fue por puro amor por nosotros que [Dios] mismo satisfizo la demanda de la santidad en nuestro lugar. En el Calvario no fue que el Hijo estaba propiciando al Padre sino que Dios estaba propiciándose a sí mismo. El auto-sacrificio vicario en la cruz fue también la auto-propiciación de Dios. La propiciación empieza, continúa y termina con Dios, quien “estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo” (2 Cor. 5:19)... Es la santidad de Dios la que le da valor divino a su amor....

En la cruz, entonces, se hizo la satisfacción por el pecado de la humanidad, y aquella satisfacción se hizo no sólo para Dios, sino también por Dios en la persona de su Hijo encarnado. Allí la raíz del problema de nuestra caída y alienación se trató de una vez y para siempre. La cadena de vida que nos une a nuestro Creador se volvió a conectarse. El poder de conformarnos a la imagen divina de nuestra constitución se recuperó. Nuestra verdadera humanidad fue restablecida. Todo esto se logró para nosotros por el Hijo, quien se humilló hasta la profundidad de nuestro abandono de parte de Dios, para que al tomar este abandono sobre sí mismo, pudiera librarnos del mismo. No hay profundidad mayor que esta. El clamor de abandono del Hijo encarnado: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?” es el clamor más terrible, el más lleno de horror en toda la historia. Fue el grito de su descompostura al entrar en nuestro infierno por nosotros. Su abandono abrió el camino para nuestra aceptación. Tal es el misterio asombroso de esa cruz con el Hijo de Dios clavado en ella en nuestro lugar. Y este fue el propósito de la encarnación que hizo posible esta terrible auto-aniquilación....

Entendiendo la Expiación

Diversas teorías sobre la forma y el efecto de la expiación se han clasificado en general, como objetivas o subjetivas: en las objetivas, el énfasis se coloca en el cambio en la actitud de Dios producido por el sacrificio de Cristo; en las subjetivas, se enfatiza el cambio en la actitud del hombre....

...en la persona y obra del Hijo encarnado, y exclusivamente en él, lo que San Agustín consideró los cuatro requisitos de todo sacrificio se reunieron, a saber, “a quién se va a ofrecer, por quién se va a ofrecer, lo que se ofrece, y para quién se ofrece.” (*Sobre la Trinidad* iv.14). No existe un resumen más conciso ni más deseable en cuanto al vínculo que une a la persona y la obra de Cristo que el que está consagrado en la afirmación cristológica del credo de Nicea: “... verdaderamente Dios del verdadero Dios... siendo de una misma sustancia con el Padre... que por nosotros los hombres y por nuestra salvación descendió del cielo y se encarnó por obra del Espíritu Santo de la Virgen María, y se hizo hombre y fue crucificado también por nosotros bajo el poder de Poncio Pilato...” Esta declaración de fe ha sido la recitación de la iglesia universal de generación en generación...

El concepto de satisfacción es la clave para la comprensión del punto de vista objetivo de Anselmo [d. 1109] de la expiación. El pecador, explicó Anselmo, se presenta ante Dios como un deudor que está obligado pagar lo que debe....

El valor de la teoría de Anselmo reside en su insistencia, que concuerda completamente con la enseñanza del Nuevo Testamento, de que el hombre es totalmente incapaz de salvarse a sí mismo y por lo tanto la salvación de la humanidad se debe enteramente a la gracia y la misericordia de Dios, que es su único autor y consumidor.

...así es como un pastor fiel [Anselmo] interrogó y dio consejo espiritual a alguien que estaba a punto de morir:

P. ¿Confiesas que tu vida ha sido tan mala que mereces el castigo eterno?

R. Lo confieso.

P. ¿Te arrepientas de ello?

R. Me arrepiento....

P. ¿Crees que el Señor Jesucristo murió por ti?

R. Sí, lo creo.

P. ¿Estás agradecido con él?

R. Sí, lo estoy.

P. ¿Crees que no puedes ser salvo, sino a través de su muerte?

R. Sí, creo esto.

P. Entonces haz esto mientras que el alma aún permanece en ti; coloca toda tu confianza solamente en esa muerte y no confías en cualquiera otra cosa, comprométete totalmente a esa muerte, cúbrete completamente con ella solamente, envuélvete por completo en esa muerte; y si el Señor Dios desea juzgarte, dile: “Señor, interpongo la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre yo y tu juicio, de ninguna otra manera discuto contigo.” Y si te dijere, “Es porque eres un pecador,” dile: “Señor, suplico que la muerte de nuestro Señor

Jesucristo sea puesta entre ti y mis pecados.” Si te dijere, “Es porque mereces la condenación,” dile: “Señor, coloco la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre ti y mis deméritos, y te ofrezco sus méritos en lugar del mérito que te debo y que no tengo.” Si él te dijere que está enojado contigo, dile “Señor, coloco la muerte de nuestro Señor Jesucristo entre mí y tu ira....” (*Admonitio morienti* [Migne, *PL*, CLVIII, cols. 685-687]).

Pedro Abelardo (1079-1142) el contemporáneo más joven de Anselmo tenía una comprensión muy diferente de la forma en que la reconciliación ha sido posible a través de Cristo. Su pensamiento ha sido especialmente influyente en muchos de los que han adoptado un punto de vista subjetivo de la expiación, y existe alguna justificación para verlo como un precursor de lo que hoy se llamaría teólogos liberales. Abelardo dio poca importancia a la idea de pecado original y del estado caído de la naturaleza humana... Ciertamente, como él lo presentó, parecería que Jesús se distinguió de los santos hombres del pasado solamente en grado, pareciendo como un ejemplo inspirador de alguien en quien el verdadero potencial de la naturaleza humana se realizó completamente, y a través de quien se efectúa la expiación cuando su ejemplo abnegado inspira en nosotros la respuesta de nuestro amor. “Somos justificados por la sangre de Cristo y reconciliados con Dios,” enseñó Abelardo, “en que por medio de la gracia singular desplegada hacia nosotros al asumir Jesús nuestra naturaleza, por su enseñanza a nosotros por palabra y ejemplo, y por su perseverancia aun hasta la muerte, nos ha unido más estrechamente consigo mismo...” (Abelardo, *Exposición de la carta de Pablo a los Romanos* [Migne, *PL*, CLXXIII, cols. 836, 861])... Así en el pensamiento de Abelardo la respuesta de nuestro amor como reacción al amor de Cristo por nosotros llega a ser para todo efecto y propósito sinónimo de redención y expiación... Es con razón que la teoría de Abelardo en cuanto a la expiación ha sido generalmente descrita como la teoría de la influencia moral....

La exposición bíblica de la importancia de la expiación no es monolítica. El amor misericordioso de Dios manifestado en el Calvario, la satisfacción de su santa justicia en redimirnos del pecado, la lucha a muerte con las fuerzas demoníacas del mal, y el conmover de nuestros corazones para responder a la gracia divina no son alternativos ni mutuamente excluyentes. Van juntos. Aislar o excluir el uno de los demás empobrece y distorsiona la verdad de nuestra redención. La muerte del Hijo encarnado en la cruz es de hecho la manifestación suprema del amor de Dios por nosotros (Rom. 5:8, 1 Jn. 4:10.); pero el Calvario es al mismo tiempo el lugar donde se satisface la justicia de Dios a través de la ofrenda de Jesucristo el Justo como propiciación por nuestros pecados y en nuestro lugar, el Justo por los

injustos (2 Cor. 5:21; 1 Jn. 2:1 sig.; 1 Ped. 3:18); y es allí donde la batalla decisiva en la guerra contra Satanás se libró y se ganó y nuestra liberación de su esclavitud fue lograda (Heb. 2:14 sig.). El amor divino es inseparable de la justicia y conquista divinas. Sólo este amor inconmensurable de Dios para nosotros tiene el poder de despertar la respuesta del amor en nuestros fríos corazones, y por el que podemos decir, “Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero” (1 Jn. 4:19)...

El amor y la justicia de Dios

La Biblia... no conoce ninguna dicotomía entre el amor de Dios y la justicia de Dios, y no nos pide, como hace el Sociniano, elegir entre el Dios amoroso y rechazar al Dios justo. No podemos vivir con un Dios que es injusto como con un Dios falto de amor. Nuestra justificación ante Dios se basa en la sólida realidad de que el cumplimiento de la justicia de Dios en Cristo fue al mismo tiempo el cumplimiento de su amor por nosotros. Precisamente porque él es la propiciación por nuestros pecados, Jesucristo, el Justo es nuestro abogado en el santuario celestial (1 Jn. 2:1 sig.)...

El Dios amoroso que desea reconciliar sus criaturas pecadoras a sí mismo es al mismo tiempo el Dios justo cuya santidad le hace imposible no tener en cuenta el pecado como si no tuviera consecuencia alguna. No son la justicia divina y el amor divino los que son antitéticos el uno al otro, sino la santidad de la justicia de Dios y la impureza de nuestros pecados, o, aún más concisamente, la piedad y la impiedad, entre las cuales no puede haber acuerdo. En la cruz vemos a Jesús, el Santo, sufriendo en el lugar de nosotros que somos impíos, recibiendo el castigo que merecemos, muriendo nuestra muerte, cumpliendo así con las demandas de la justicia de Dios y, por lo tanto, con las suyas propias; y esto es también y al mismo tiempo la suprema manifestación del amor divino. La cruz une el amor de Dios con el sufrimiento de Dios para nuestra justificación. Es la prueba de que “Dios mismo es justo,” de acuerdo con su santa justicia, “y el que justifica al que es de la fe de Jesús,” conforme a su santo amor (Rom. 3:26). Como San Juan declara: “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4:10). El corazón de esta propiciación es la satisfacción de la justicia divina. Su motivación es el amor divino. Al tornarnos en arrepentimiento y fe es la respuesta de nuestro amor evocado por la gracia de este santo y amoroso Dios.



Cristo por nosotros en el cielo

por Ricardo Marín

¿Alguna vez se ha preguntado dónde está Jesús ahora? O ¿Qué está haciendo desde la última vez que comió con sus discípulos? ¿Es importante la respuesta a cualquiera de estas preguntas para nuestra vida cristiana o para nuestra salvación?

Siendo que Jesús nos enseñó a orar: “Padre nuestro que estás en los cielos,” y dijo a sus discípulos: “voy al Padre,” esto nos da a entender que está en el cielo ahora (Mat. 6:9; Juan 16:10). Sus discípulos lo vieron ascender y dos ángeles les dijeron que iba a volver (Hech. 1:10-11).

Usted podrá estar pensando: ¿Qué puedo aprender en cuanto a la salvación de lo que Jesús está haciendo en el cielo ahora?

Este artículo explicará por qué es especialmente importante entender lo que Cristo está haciendo actualmente en el cielo y cómo nuestra salvación depende de estar incluido en esa obra.

Tres imágenes

He escuchado a algunos pastores pintar un cuadro de Cristo en el cielo después de su ascensión. Dicen que su obra por nuestra salvación se terminó de realizar en la tierra y que ahora se está relajando junto al trono de su Padre. Dan la imagen de una escena en una playa tranquila con sillas de playa reclinadas, un vaso alto de limonada en una mano y la otra extendida tocando la cálida arena debajo. Jesús está *esperando* hasta que su Padre le diga que puede ir a buscar a su novia en la tierra.

Otros nos hacen creer que hoy Jesús está ocupado en vivir la vida cristiana en cada uno de sus seguidores en la tierra. Se imaginan al creyente como un abrigo y a Jesús como el agente activo en su interior. El abrigo no hace más que colgarse de sus hombros mientras Jesús vive de nuevo enérgicamente su vida perfecta en el creyente. Se dice que esta vida actual del Cristo que habita

en cada uno de nosotros es la vida que nos salva. Por supuesto, ya que esta vida aún no está terminada Jesús todavía tiene mucho *trabajo* por hacer para nuestra salvación.

Aún otros creen que Jesús logró en la tierra todo lo que vino a hacer aquí. Dicen que la obra que nos salva fue completa y que ahora se ha ido al cielo para aplicar esa obra terminada a las cuentas de aquellos que confían en él. Para estos maestros, Jesús es como un sacerdote que presenta ofrendas en un templo. Lo describen como intercediendo actualmente a favor de su pueblo. Para ellos la palabra “intercesión” significa trabajo. Así que, en lugar de estar relajándose a la diestra de su Padre o de vivir energéticamente una nueva vida salvadora dentro de los creyentes en la tierra, lo ven *ministrando* en el trono de la gracia en el cielo.

El primer punto de vista sugiere que los libros del cielo están cerrados; que en la conversión, en la cruz, o antes Dios ya decidió quienes iban a ser perdonados y salvados. El segundo punto de vista declara que la obra que nos salva aún no ha terminado; que Cristo aún está viviendo activamente la vida que nos salva. El tercer punto de vista coloca nuestra salvación en lo que Cristo ya realizó en la tierra, pero cree que ahora ese logro tiene que ser aplicado individualmente a la cuenta de cada uno de los que le aceptan como su Salvador.

Enumeramos aquí estas tres opiniones exageradas con el fin de hacer un punto. Cada uno tiene sus puntos fuertes: el primero hace hincapié en que Jesús terminó su obra en la tierra; el segundo dice que Jesús todavía está trabajando por los creyentes; el tercero señala que, aunque Jesús terminó su obra en la tierra aún tiene algo que hacer en el cielo por los creyentes.

Que Jesús terminó su obra en la



tierra es evidente porque el que nunca mintió, dijo al Padre: “He acabado la obra que me diste que hiciese.” Juan 17:4.

Que Jesús está obrando en las vidas de los creyentes ahora en la tierra también es cierto. Esta obra se hace por medio del Espíritu Santo que se da para que more en los que creen en Jesús (Gal. 3:1; Rom. 8:9). Sin embargo, ni Jesús ni el Espíritu Santo participa actualmente en una obra *vicaria*: la obra de vivir y morir en nuestro lugar, Jesús ya la realizó en la tierra. La obra del Espíritu dentro de los creyentes no es redentora, sino más bien restaurativa. El Espíritu Santo a) **inspira a los creyentes** a vivir vidas piadosas, b) **capacita** a los creyentes a vivir vidas piadosas, y c) **guía** a los creyentes a vivir vidas piadosas. Jesús dijo: “Si no me fuere, el Consolador [Ayudante] no vendría a vosotros.” Juan 16:7. Habiendo sido exaltado a la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, Jesús derramó su Espíritu transformador para que more en los creyentes en la tierra (Hech. 2:33; Juan 14:17). Así como Jesús (por medio del Espíritu) actualmente obra en los creyentes en la tierra.

La Biblia enseña el tercer punto de vista arriba mencionado. Aunque la obra de Cristo por nosotros en la tierra fue completa, **su obra por nosotros no fue completada en la tierra**. Jesús continúa obrando *por nosotros* en el cielo. Sin su intercesión celestial nadie será salvo. Si no entramos por fe en esa obra no recibiremos sus beneficios. ¡Es de vital importancia para los creyentes entender lo que Cristo está haciendo en el cielo!

¿Fueron nuestros pecados perdonados en la cruz? ¿Fuimos justificados cuando Jesús se levantó de la tumba? ¿Fueron todos nuestros pecados pasados, presentes y futuros perdonados cuando creímos? ¿Fuimos justificados antes de la fundación del mundo? Estos sentimientos parecen elevar la integridad de lo que Jesús hizo en la tierra, pero no están en armonía con lo que la Biblia enseña. Si la justificación es “por fe sola” entonces no es posible que fuésemos justificados antes de la fundación del mundo. ¡Tampoco fuimos justificados cuando Jesús se levantó de la tumba! Somos justificados cuando creemos en el Evangelio (Rom. 4:22-24; 2 Tes. 3:2; Heb. 11:6).

Si los pecados pueden ser perdonados antes de que se cometan, entonces Lutero se equivocó cuando publicó sus 95 tesis contra la venta de indulgencias. Jesús mismo enseñó a los cristianos



a pedir diariamente el perdón de los pecados (Mateo 6:9-12) y el apóstol Juan fue claro cuando escribió a sus hermanos cristianos explicando cómo sus pecados podrían ser perdonados: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad.”¹ Juan 1:9. Aquí se hace obvio que Jesús todavía tiene una obra que hacer en el cielo.

Salvador del mundo

Lo que Jesús realizó en la tierra lo realizó para **toda la humanidad**, sin embargo, toda la humanidad no está perdonada. Toda la humanidad no está justificada. La justificación es solamente para aquellos que colocan su fe en Jesús (Gál. 2:16). El perdón es solo para aquellos que confiesan sus pecados (1 Juan 1:9). Desde su ascensión Jesús está trabajando en el cielo. Él escucha nuestras oraciones, intercede por nosotros y responde a la petición: “Dios, sé propicio a mí, pecador.” Según el libro de Hebreos esto es un ministerio salvador:



“Puede también **salvar** perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Porque tal sumo sacerdote nos convenía: santo, inocente, sin mancha, apartado de los pecadores, y hecho más sublime que los cielos” Heb. 7:25-26.

Jesús vivió, murió y resucitó para que nosotros *pudiésemos* ser justificados. Pero en sí mismas, la vida, muerte y resurrección de Jesús no justifican a nadie. Más bien, ellas proveen la **base** de nuestra justificación. Jesús hizo estas cosas como Salvador **del mundo**. “Él es la propiciación por nuestros pecados; y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo.” 1 Juan 2:2 (Heb. 2:9). Sobre él puso el Padre los pecados de todo ser humano que alguna vez viviría. Isaías escribió: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino, más Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.” Isa. 53:6. Considere cuántos se han descarriado. ¿No es acaso toda la humanidad? Los pecados de todos los que se han extraviado fueron pagados por Cristo en la cruz (Heb. 1:3). ¡Esto es **expiación universal**! Como Dios quiere que todos sean salvos, Jesús “se dio a sí mismo en rescate por todos.” 1 Tim. 2:4, 6 (2 Ped. 3:9).

La obra que Jesucristo cumplió por nosotros en la tierra tiene valor continuo

mientras intercede por nosotros en el cielo. En la tierra consiguió el don de la salvación al vivir una vida humana perfecta. En la tierra hizo el sacrificio único por los pecados para siempre (Heb. 10:12). El don de su vida perfecta y el sacrificio de su sangre derramada son las “ofrendas y sacrificios” que llevó consigo al cielo (Heb. 8:3). Las personas hoy son justificadas sobre la base de su vida perfecta vivida hace 2000 años. Los pecados son perdonados en base a su sangre derramada en el Calvario. Las buenas obras de los creyentes pueden ser ofrecidas a Dios como incienso de olor suave porque Jesús continuamente está limpiando sus defectos con su sangre y llenando sus vacíos con su justicia.

La obra de Cristo por nosotros en el cielo no es lo mismo que su obra por nosotros en la tierra. En la tierra obró una justicia humana perfecta en nuestro favor y murió una muerte expiatoria en nuestro lugar. Estos son actos irrepetibles. Cuando en la cruz exclamó, “Consumado es,” habló de su vida perfecta y de la redención completada en favor nuestro. Por su muerte reconcilió al mundo para con Dios. Se presentó una vez para siempre en la consumación de los siglos para hacer la reconciliación por el sacrificio de sí mismo. Después de haber ofrecido un solo sacrificio por los pecados para siempre, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas (2 Cor. 5:19; Heb. 9:26; 10:12). Su vida santa y sacrificio en sufrimiento fueron obras consumadas: son las obras que nos salvan. Todos los que confían en estas buenas nuevas serán salvos porque su fe entra en lugares celestiales donde Jesús está aplicando su completa expiación.

Un ministerio sacerdotal celestial

Después de que Jesús hizo la ofrenda de su vida y el sacrificio de su muerte en la tierra, entonces comenzó su ministerio sacerdotal en el cielo. Allí— lleva carne, sangre e incienso como ofrenda, sacrificio y olor suave para presentar en la presencia de su Padre (Heb. 7:22-8:6; 9:11-15, 24; 10:5-10; Efe. 5:2). Los sacerdotes del Antiguo Testamento trataban con carne, sangre e incienso: así es necesario que Cristo haga lo mismo en su ministerio anti típico. Primero tuvo que obtener estas ofrendas y sacrificios en la tierra (Heb. 8:3). “Carne” representa su vida perfecta. “Incienso” representa sus méritos. “Sangre” representa su muerte expiatoria. ¡Jesús tiene algo que ofrecer en el cielo! “Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora **por nosotros** ante Dios. Heb. 9:24.

¿Qué está haciendo Jesús en el cielo?

Existen por lo menos tres cosas que Jesús ha estado haciendo en el cielo desde que su ministerio sacerdotal fue inaugurado a la diestra de su Padre. Ha estado **a)** intercediendo por la justificación (aceptación) de los pecadores; **b)** ministrando su sangre para el perdón de los pecados; y **c)** limpiando las buenas obras de sus seguidores para que sean aceptables ante Dios. Estas eran las mismas actividades que los sacerdotes de Dios realizaban en la tierra. Pero el velo rasgado

de Jerusalén atestigua que su valor terrenal ha pasado para siempre. Las buenas acciones, las malas acciones, y la aceptación personal se tratan ahora en el cielo. Siendo que la justificación es por fe sola, una persona no puede ser justificada antes de que nazca. Los pecados no son perdonados antes de ser cometidos, y las buenas obras no agradan a Dios antes de ser hechas. Al igual que los servicios típicos en el tiempo de Moisés, este ministerio tiene que ver con personas y su relación con Dios. “Porque todo sumo sacerdote tomado de entre los hombres es constituido a favor de los hombres en lo que a Dios se refiere, para que presente ofrendas y sacrificios por los pecados.” Heb. 5:1. ¡Jesús tiene algo que hacer en el cielo!

La importancia de la obra de Jesús en el cielo

Sin la obra de Cristo en el cielo nadie se salvaría. Lo que llevó a cabo en la tierra para toda la humanidad debe aplicarse individualmente a las cuentas de todos aquellos que ponen su fe en él. Pablo escribió que por medio del sacrificio de Cristo en la tierra Dios “nos reconcilió consigo mismo... y nos dio el ministerio de la reconciliación... Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, como si Dios rogase por medio de nosotros; os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios... he aquí ahora el día de salvación.” 2 Cor. 5:18-6:2. Este pasaje enseña que a menos que una persona acepte la obra reconciliadora de Dios en Cristo, no tendrá lugar preparado para ella en la familia de Dios. Hoy en día esta salvación es asida por la mano de la fe sola.

Jesús dijo: “A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos.” Mat. 10:32. Y en Romanos capítulo 10, Pablo amplía el pensamiento de Jesús, mostrando cómo es que somos salvados:

“Si confesares con tu boca que Jesús es el Señor, y creyeres en tu corazón que Dios lo levantó de los muertos, serás salvo. Porque con el corazón se cree para justicia, pero con la boca se confiesa para salvación; porque todo aquel que invocare el nombre del Señor, será salvo. Rom. 10:9-13.

Ahora es el día de la salvación. Jesús está obrando para efectuar nuestra justificación, para obtener el perdón de nuestros pecados, y para purificar nuestras buenas obras con su sangre.

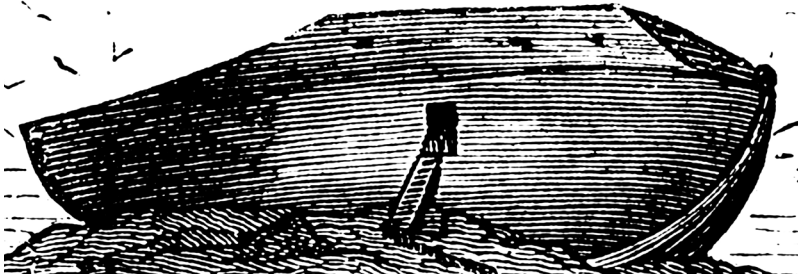
La fe viene por el oír del Evangelio (Rom. 10:17). “Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede **por nosotros.**” Rom. 8:34. “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre.” 1 Tim. 2:5.

El ministerio celestial de Cristo en dos partes

El ministerio del nuevo pacto de Cristo en el cielo continuará allá por un

tiempo limitado. Como le dijo a Noé antes del diluvio: “No siempre contendrá mi Espíritu con el hombre” Génesis 6:3.

Así como la Biblia hace una distinción entre el perdón de los pecados y el borrar de los pecados, entre el Lugar Santo y el Lugar Santísimo, entre el “hoy” y el “aun no”, así el ministerio de Cristo en el cielo tiene dos fases. Hasta aquí hemos considerado la primera fase en la que se justifica a las personas, perdona sus malas acciones y purifica sus buenas obras. La fase final también se ocupa de las personas, las buenas y las malas acciones. Solo que en esta fase, se lleva a cabo el ajuste de cuentas final y las personas se sellan permanentemente en Cristo, sus buenas obras son purificadas para siempre y sus malas acciones son borradas de los registros de Dios para que Dios nunca más las vuelva a considerar (véase Eze.18:24-26 donde Dios espera hasta el día del juicio para finalizar la salvación de uno).



Jesús terminará su intercesión celestial justo antes de descender a la tierra por su novia sellada. Su decisión de cada caso individual será definitiva. La persona que sea hallada justa en Cristo seguirá siendo justa y la que es impía, seguirá siéndolo (Apoc. 22:11). Como fue en los días de Noé, así será justo antes de que Jesús regrese. El mundo estará ocupado con la rutina de la vida mientras Dios llama a todos a entrar en el arca de la redención. Jesús lo comparó con llegar a un matrimonio (Mateo 22:1-14). El profeta Joel hizo la misma triple invitación que se hizo en la parábola de Jesús. Solo aquellos que respondan a la invitación de Dios al reunirse en el Lugar Santísimo celestial recibirán las bendiciones que se ofrecen allá: el borrar de sus pecados y el sello perfeccionador del Espíritu Santo en el poder de la Lluvia Tardía (Joel 2:21-26). Muchos ponen excusas. Otros tardan en reunirse por temor al ridículo. Pero pronto se cerrará la puerta de la misericordia, para no volver a abrirse nunca más. Por eso es crucial responder a la invitación de Dios: entrar por fe en el Lugar Santísimo celestial, donde Cristo constituirá su reino y cerrará los registros celestiales (Heb. 12:26-29). Es allá donde la novia de Cristo está permanentemente vestida de lino fino y blanco y el Padre examina a los invitados para asegurarse de que están vistiendo el manto de

la justicia de Cristo que les fue dado cuando vinieron por fe.

Aquellos que no respondan a la invitación de reunirse, serán excluidos del pueblo de Dios. Sus nombres serán borrados del Libro de la Vida del Cordero (Apoc. 3:5; 22:19) y serán arrojados a las tinieblas de afuera (Mat. 22:13). ¡Que no sea ninguno de nosotros!

Nadie necesita ser arrojado a las tinieblas de afuera. El Rey proporciona el traje de boda necesario para entrar las bodas y el juicio que las precede. Él dice: “He aquí, he preparado mi comida; mis toros y animales engordados han sido muertos, y todo está dispuesto; venid a las bodas.” Mat. 22:4. Dios dio a su propio Hijo en rescate por todos. A todos les ofrece el manto de la perfecta justicia de Cristo si tan solo aceptan la invitación.

Todo esto pone de manifiesto nuestra necesidad de comprender lo que Cristo está haciendo por nosotros ahora en el cielo. Jesús dice: “Si alguno retrocediere, no agradará a mi alma.” Heb. 10:38.

Personas están selladas dentro del arca de seguridad de Dios y la puerta está cerrada. Los incrédulos no se darán cuenta de que la puerta de la misericordia está cerrada para siempre hasta que vean a Cristo venir en las nubes del cielo (Mat. 24:37-39; Apoc. 7:1-8). Una vez completada la cuenta final, ya no viene para tratar con el pecado sino para salvar a sus elegidos (Heb. 9:28). Cuando termine la intercesión de Cristo en el cielo, no se abrirá ninguna puerta futura de salvación para los perdidos. Ni durante el milenio ni al final del mismo Cristo vuelve a ofrecer ofrendas o sacrificios por el pecado. Entonces solo habrá “juicio sin misericordia”. “¡He aquí, ahora el día de salvación!”

Así como es necesario hoy que una persona clame con fe a Jesús para ser justificada y para recibir el perdón de los pecados pasados, así en el día del juicio final es necesario que supliquemos que el cielo nos juzgue y borre nuestras transgresiones (Sal. 26:1-2; 51:1; Heb. 10:19-22). Pablo nos dijo que enviáramos nuestros pecados a juicio de antemano y Dios nos instó a no dar excusas, sino a entrar en las bodas por fe en la vida y muerte de Cristo (1 Tim. 5:24; Mat. 22:4; Lucas 14:17-18). Juan escribió que debemos seguir al Cordero por dondequiera que va (Apoc. 14:4).

Conclusión

Tras su ascensión a la diestra de su Padre, Jesús comenzó su ministerio sacerdotal en el cielo. Es una obra **por nosotros**.

Primero, aplicó su redención completada a favor de aquellos que vivieron antes de la cruz. A la cuenta de cada verdadero creyente, desde Adán hasta el ladrón crucificado se adjudicó la justificación. Todos los pecados que en fe fueron confesados sobre los animales inocentes fueron perdonados en base a un sacrificio que vendría. Ese perdón fue escrito en el libro mayor de Dios (Heb. 9:15). Todas las buenas obras realizadas por los santos del Antiguo Testamento se limpiaron de toda contaminación por medio de la sangre de Cristo y se perfeccionaron por

sus méritos para que Dios los recordara como sacrificios dulces que le agradan (Fil. 4:18; Heb. 13:16).

Habiendo tratado con todas las generaciones anteriores, Cristo dirigió su atención a los vivos en la tierra. Como sacerdote en la presencia de Dios, ofrece carne, sangre e incienso: carne para nuestra aceptación en la familia de Dios (justificación); sangre para el perdón de nuestras malas acciones; e incienso meritorio con sangre purificadora para hacer aceptables nuestras buenas obras ante su Padre: este es su ministerio diario (“continuo”).

Esta intercesión celestial terminará con un Día de Expiación anti típico en el que se examinarán los casos de todos los que alguna vez han reclamado a Cristo como su Salvador para ver si continuaron hasta el fin con fe en su Sustituto. “Porque es necesario que todos nosotros comparezcamos ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba según lo que haya hecho mientras estaba en el cuerpo, sea bueno o sea malo.” 2 Cor. 5:10. Solo aquellos que por fe respondan al llamado de venir a las bodas serán representados por Jesús, su Sustituto. ¡Hoy ha llegado la hora del juicio final de Dios! Para aquellos que siguen al Cordero por fe en su ministerio celestial, la declaración será justificación final, seguridad eterna y el borrar de sus pecados. “Acerquémonos con corazón sincero, en plena certidumbre de fe.” Heb. 10:22. “Todo está dispuesto; venid a las bodas.”

Las suscripciones digitales son gratuitas. Los números anteriores se pueden pedir en base a una donación.

PO Box 700 Fallbrook, CA 92088 USA

Nombre _____

Dirección _____

- | | |
|---------------------------------------|---------------------------------------|
| _____ 1-1 El bautismo del Espíritu | _____ 5-2 Los eventos finales* |
| _____ 1-2 El pentecostalismo | _____ 5-3 Identificando al anticristo |
| _____ 1-3 El mensaje de San Pablo* | _____ 5-4 El espíritu del anticristo |
| _____ esp La justificación por la fe* | _____ 6-1 El anticristo hoy |
| _____ 2-1 Paradojas Bíblicas* | _____ 6-2 La aceptación divina |
| _____ 2-2 Protestar o perecer* | _____ 6-3 ¿Qué es el evangelio? |
| _____ esp El movimiento carismático* | _____ 6-4 Por fe sola |
| _____ 3-2 El movimiento de santidad* | _____ 7-1 Cabeza federal |
| _____ 3-3 El poder de la imputación* | _____ 7-2 Aspectos legales y morales |
| _____ esp El panorama religioso * | _____ 7-3 Libres para escoger |
| _____ Cuatro Grandes Certezas | _____ 7-4 El Príncipe del pacto |
| _____ 4-1 Martín Lutero habla | _____ 8-1 John Henry Newman |
| _____ 4-2 Cómo leeremos la Biblia? | _____ 8-2 ¿Es el alma inmortal? |
| _____ 4-3 Aceptación y ética* | _____ 8-3 Grandes Palabras |
| _____ 4-4 La revolución inmoral | _____ 9-1 Cristo por nosotros |
| _____ 4-5 El don de lenguas | _____ 9-2 Día del Juicio - 2011 |
| _____ 5-1 Guardaos de los hombres* | _____ * = limitado a un ejemplar |

El Himno de Newman

Alabanza al Santísimo en la altura,
Y en la profundidad haya alabanza;
En todas sus palabras, maravilloso,
Enteramente seguro en todos sus caminos.

!O el amante sabiduría de nuestro Dios!
Cuando todo era pecado y vergüenza,
Un segundo Adán a la lucha
Y al rescate llegó.

!O más sabio amor! que carne y sangre,
Que en Adán fracasaron,
Esforzarían de nuevo contra el enemigo,
Esforzarían y prevalecerán.

Y que un don mayor que la gracia
Refinaría a la carne y la sangre,
La presencia de Dios y sí mismo,
y su esencia toda divina.

!O generoso amor! que Él que derrotó,
En hombre para el hombre al enemigo,
La agonía doble como hombre
Para el hombre debe experimentar.

Y en secreto en el huerto,
Y en la cruz en lo alto,
Enseñaría a sus hermanos, y los inspiraría
Sufrir y morir.

Alabanza al Santísimo en la altura,
Y en la profundidad haya alabanza;
En todas sus palabras maravilloso,
Enteramente seguro en todos sus caminos.

John Henry Newman, 1865